

## BERNARDO CARABINA

En esta misma página, que se publicó hace poco la semblanza de Luis López y la Pura de Carabina, es muy oportuno insertar ahora la de otro de los hijos del hermano José María, Bernardo, al que llamaban el bizco porque lo era, aunque no mucho, pero bien se le nota la tendencia del ojo derecho a meterse debajo de las narices para no estorbarle al otro.

Esta fotografía tiene la cualidad de confirmarnos las hipótesis formuladas en distintos momentos de esta obra sobre la escasa fortuna biológica del hermano José María al transmitir a su descendencia sus cualidades de actividad, diligencia y buena disposición.

Aquí está Bernardo en plena madurez, todavía joven pero envarado por sus factores constitucionales, pulido a su manera y nada trabajado, con un sombrero de época detrás, de ala corta y copa alta, a lo tomellosero.

Su actitud envarada, de poca agilidad, sus manos lisas, gordezuelas y la expresión indiferente de su cara, nos hablan de su conformidad con el buen traje y de sus limitados alcances. Se le agarraba también la lengua, que era aire familiar, lo cual le hacía aparentar mayor brusquedad de la que tenía, aunque no estaba escaso, como les pasa a todos los que tartajean.

No había llegado todavía la época de su concejalía con Estrella en la que figuró más que actuó largamente, siendo secretario su hermano Francisco que tampoco era de los que descubrieron las américas.

Le acompaña su hijo Fortunato que por habérsele muerto a la Pura su única hija ya casada, fue con su hermana Juliana a consolar a los viejos y se quedó allí terminando su crianza con los tíos y acompañando a Luis, cuya semblanza se publicó en el libro 42, en todas sus actividades y justifica plenamente la fortuna de Fortunato, llamado así seguramente por ser el único hijo varón entre cuatro hijas y transformarse por las circunstancias en ojo derecho de la Pura y brazo de apoyo de Luis.

En relación con los Carabinas hay dos hechos ruidosos que sirven para su valoración psicológica. El primero el de la mantellina, tan conocido y reseñado hace tiempo, en el libro cuatro, donde figura la semblanza del hermano José María. El segundo se refiere a la boda de Bernardo.

Era costumbre familiar que los hermanos se apadrinaran entre sí según el orden de prelación de mayor a menor, que solía ser también el orden natural de los casamientos.

A Bernardo lo apadrinó Manuel, el padre de la Fortunata de Bonifacio Lucas y de Francisco el del aceite.

Como regalo de boda le ofreció el sombrero de los mejores que se fabricaran y fueron los dos a comprarlo a Madrid, recorriendo las sombrererías de la Plaza Mayor y sus alrededores, calles de la Cruz, Príncipe, Espoz y Mina y Carrera de San Jerónimo que siguen siendo las de las sombrererías más conocidas. Les enseñaban el surtido y Bernardo decía invariablemente:

—Sí, están bien, pero yo quiero un sombrero de cinco duros.